

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



Ayuntamiento de Madrid
Tipo de belleza

SUSCRICION

Num. 19

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 13 Enero 1887

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

FILOSOFIA SOCIAL

(APUNTES)

I

EL TRABAJO

La economía no es en manera alguna la base de la riqueza. La base de la riqueza es el trabajo. El hombre trabajador es forzosamente económico.

El que es amigo del trabajo, dedica á sus negocios todo el tiempo que le queda disponible, y no *malgasta* el tiempo en *malgastar* dinero.

El hombre verdaderamente laborioso no deja jamás el trabajo: puede decirse que cuando descansa se *prepara* para emprender con mayores fuerzas sus tareas.

El trabajo es la virtud más recompensada y generalmente la fuente de las demás virtudes.

El hombre que se acostumbra al trabajo es casi siempre feliz, sus ocupaciones le distraen y hasta llegan algunas veces á servirle de diversión.

El perezoso, por el contrario, sufre en el trabajo y fuera de él. En sus pasatiempos no goza nunca completamente; el recuerdo de que ha de volver á trabajar se lo impide,

II

LA AVARICIA

Preferiría mucho más ser ciego que avaro.

La avaricia es entre todas las enfermedades morales, la que causa más sufrimientos; el avaro sufre por el presente, por el pasado y por el futuro.

Si el avaro, á fuerza de serlo, acabara por no tener necesidades, llegaría á conformarse con su suerte como los ciegos, pero como por avaro que sea ha de comer, vestir y satisfacer un sin fin de obligaciones imprescindibles, es siempre la primera víctima de su pasión.

Entre todos los hombres viciosos el avaro es el que más ejerce su pasión. El avaro es avaro todos los días del año, á todas horas y en todas ocasiones.

Hablando de la avaricia dice Descuret: «Las demás pasiones pueden ser excusadas por algunas cualidades; pero la avaricia destruye todas las virtudes y puede arrastrar á todos los crimenes.

El avaro es un ser cien veces más perjudicial á la sociedad de lo que á primera vista parece; al hombre que llega á creer que vale menos

que sus riquezas, es decir el avaro, nada le detiene con tal de conservar y aumentar lo que posee.

III

LOS ENEMIGOS DEL POBRE

La pobreza trae consigo un sin fin de calamidades que siendo un efecto en un principio, son después la causa de que el pobre no salga de su estado. El desorden es una de ellas.

Nada hay tan caro como el ser pobre.

El hombre que tiene dinero puede satisfacer sus necesidades no gastando en ello más que dinero. Al pobre estas necesidades le cuestan muchas otras cosas; si alguna vez con solo dinero puede satisfacerlas, ha de pagarlas más que los ricos.

El desorden de hoy origina el desorden de mañana.

Amor propio.

El amor propio lo mismo es causa de lo bueno que de lo malo. ¡Cuántos males nos ahorraríamos si supiéramos distinguir la dignidad de la vanidad!

La vanidad mantiene en su miseria á la mayor parte de los pobres.

Puede decirse que se queda con la mitad de su fortuna, el que al perderla toda pierde con ella el orgullo.

IV

EL MATRIMONIO

Querido sobrino:

«Antes no te cases mira lo que haces,» dice el refrán, porque con el matrimonio el hombre se entrega á los ángeles ó á los diablos.

Debes considerar que no solo escoges esposa para tí sino también madre para tus hijos.

Aunque tu reunes lo que el hombre necesita para casarse, esto no te bastará en manera alguna para ser feliz. En la felicidad conyugal puede tanto la mujer como el marido.

Tú podrás aumentar las virtudes de tu esposa si ella es buena; pero si ha recibido mala educación tus esfuerzos serán inútiles.

Vas á emprender un viaje muy largo en cuya travesía experimentarás grandes tempestades. Esto no debe asustarte; tras de la tempestad viene la calma.

La tranquilidad en que vive raras veces el hombre sin familia, es la calma que experimenta un buque sumergido.

En medio de tus disgustos, alguna vez el recuerdo de la familia aumentará tus desgracias

y en otras ocasiones un beso de tus hijos consolará todas tus penas.

Hay muchísimos matrimonios desgraciados porque hay pocos hombres felices. La infelicidad está en nuestro modo de ser que dulcifica el matrimonio.

«La felicidad es una fantasma que vá huyendo delante de nosotros; solo nos deja ver el polvo que levantan sus pies.»

V

LAS PASIONES

Según algunos autores, las pasiones se llaman tales porque el hombre no se las dá, sino que las recibe, está sometido á su acción y desempeña por lo tanto un papel pasivo.

Esto no es cierto. El hombre sano de entendimiento no pierde nunca su libre albedrío, se dice y se repite como disculpa pero nó siempre el triunfo de la mayoría es el triunfo de la verdad.

Dice Rousseau: «Todas las pasiones son buenas cuando uno es dueño de ellas; y son malas cuando nos esclavizan.»

Nada hay bueno en el hombre si no está dictado y sancionado por la razón. Los enemigos de la razón son las pasiones.

Las pasiones son buenas cuando no son pasiones y cuando lo son son malas.

VI

LOS POBRES

Generalmente llamamos pobres á los que tienen pocas necesidades. Los pobres son los que no pueden satisfacerlas.

Cuanto mayor es el déficit, mayor es la pobreza; de manera que los pobres más pobres se encuentran entre los ricos.

Hay pobres de cuatro reales diarios, de diez reales, de veinte, de doscientos, de mil, etc., etc... Hay muchos pobres que gastan coche.

Podemos enriquecernos de dos maneras: disminuyendo nuestras necesidades y aumentando los ingresos.

En el primer caso adquirimos un capital que no perderemos jamás, suceda lo que suceda. En el segundo caso no somos ricos; lo estamos.

Un escritor moderno ha dicho, que el hombre para ser hombre debe plantar un árbol, escribir un libro y educar un hijo.

Para ser hombre, es preciso haber sido pobre algún tiempo.

ALBERTO LLANAS.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

X...

Como el pobre marino que siente hundirse la nave debajo sus pies, y buscando un escollo eminente escudriña con ansia creciente el torvo horizonte—de la onda á través.

Todo el día así yo agonizante mirando perdida—mi bella ilusión, para dar á mi duelo un calmante, de la casa de Luisa delante alzaba mis ojos—al ancho balcón.

Siempre caída la blanca cortina!... Jamás la silueta—de un busto detrás!... como el náufrago envuelto en neblina que no alcanzaba una playa vecina, vacío y silencio—yo hallaba no mas!

El temor que la sangre envenena funestos eventos—me hacía augurar; y el dolor con sus uñas de hiena redoblando inclemente mi pena me daba conjugas,—me hacía temblar.

Cuatro, cinco y seis horas pasaron .. ¡Oh cuán espantoso—su lento correr!

En cada una cien años volaron...

y sus garras de buitres robaron á mi alma pedazos,—vigor á mi ser.

Yo quería que mi pensamiento como ala de un ave—golpease el cristal, y lograr que en su golpe violento tras el ancho balcón al momento Luisa asomase—su faz celestial.

Yo quería ser átomo leve, burbuja impalpable,—polvillo ruín, y en un rayo de luz el más breve penetrar á escondidas aleve de Luisa en el áureo—fatal camarín.

Qué aguardaba allí en pie? Aun lo ignoro: lo que hice en la calle—de fijo no sé: ah! tal vez con el mísero lloro que vertía de mi honra en desdoro, de algún transeunte—la risa excité.

El sol iba al ocaso; las sombras se agolpaban; las nubes galopaban subiendo al cielo azul, y el viento revoltoso que allá las impelía rasgando's tejía un tenebroso tul;

El tul de las borrascas, el tul que audaz se ensancha cual tétrica avalancha rodando sin parar, manchando el firmamento, sorbiendo en su negrura la luz y la hermosura de todo lumínar.

Oíanse lejanos rumores de tormenta: la tarde amarillenta huía con pavor: cruzaban por los aires las aves aturdidas: mil hojas desprendidas volaban en redor.

Barría airado el ábrego las calles ya desiertas, las entornadas puertas moviendo sin piedad, y gruesas fúias gotas golpeaban los cristales llevando las señales de recia tempestad.

Ya restallaba el trueno su látigo crujiente, ya el cielo era un torrente volcando su raudal, cuando me dió el palacio en que vivía Luisa, buscándolo sin prisa, refugio en su portal.

(Se continuará)



En el lago

MISCELANEA

Iba un sujeto á cuerpo gentil en cruda noche de invierno.

—¿Pero cómo va V. así con este tiempo? ¿No tiene V. frío?

—Lo que no tengo es capa,—contestó el pobre diablo soplando los dedos.

—¿Sabe V. que no encuentro sombrero para mí en ninguna tienda?

—¿Tan grande tiene V. la cabeza?

—No; sino que yo pido un sombrero al fiado.

Un marido regordete y moftetudo que viajaba en diligencia con su cara mitad, joven graciosa, se deshacía en cumplimientos con ella.

—¡Dime, monona, ¿vas bien? ¿tienes frío? ¿te incomoda el aire de las ventanillas?

—No, Gregorio, no, voy perfectamente.

—Pues entonces, hija mía, quítate de ahí, porque es bien que yo participe de esa comodidad.

Se trata de un marido que ha envenenado á su mujer. Está confeso y convicto del crimen, y el fiscal pide contra el reo la pena de muerte.

Sin embargo el defensor se opone, diciendo: —Señores, ese hombre no ha hecho más que administrar una fuerte dosis de láudano á su mujer. Pido, por lo tanto, que se le condene solamente por haber ejercido ilegalmente la profesión de médico.

QUIERO A LAS DOS

Pues señor, de buena gana hiciera el amor á Juana pues me gusta y es bonita, ¡pero es tan guapa su hermana! ¡es tan hermosa Rosita! Nada nada; me decido, Rosita es la más hermosa y á Rosita amor le pido... ¡pero como echo al olvido á la Juanita por Rosa! Es Juanita una morena tan mona tan resalada y sobre todo ¡tan buena! ¡tan generosa, que... nada la Juanita me enagena, Pero y ¿cómo no querer á Rosa, tan rubia y pura? si es un ángel, no es muger. hay en ella una dulzura ¡vamos que es lo que hay que ver! ¡Qué indecisiones! ¡ay Dios! de Rosita y Juana en pos por ambas pierdo la calma y robadas vida y alma me tienen ambas á dos. No vacilo mas y pues por ambas tengo interés aunque se salga de regla la cosa, pronto se arregla con una regla de tres, Así pues, desde mañana ¡qué vida tan deliciosa! ¡qué dicha tan sobrehumana! cuando no la Juana, Rosa, cuando no la Rosa, Juana.

VENTURA MAYORGA.

EL ANGEL DE LA GUARDA

Dicen que cuando lóbrega la noche al mundo envuelve con su inmensa gasa; cuando los ecos de oración ferviente por los espacios vagan;

Cuando se alzan neblinas y rumores del seno de los bosques y montañas; cuando rasga los velos del silencio llorando la campana,

Despidiendo dulcísima sonrisa espíritu de luz del cielo baja y el lecho de la Virgen y el del niño los cubre con sus alas.

Es del sueño y los amores, númen de paz y de ilusiones castas, la estrella tutelar de los hogares

¡El Angel de la Guarda!

FRANCISCO PEDROSA.

¿SERÁ VERDAD?

Renegando de mi sino, á un sábio en cierta ocasión preguntaba su opinión sobre el sexo femenino.

Yo le dije: —Llevo diez amores en año y medio, pero, amigo, no hay remedio estoy peor cada vez.

¿No habrá mujer en la tierra que pueda amar con fortuna?

—Yo tengo,—me dijo—una que nó me da nunca guerra.— Luego tendiendo la mano un lienzo me señaló, donde su pincel trazó un semblante soberano.

—¿Es un retrato?

—No tal.

—Entonces, esa figura...

—Es tan sólo una pintura que no tiene original.

Las mujeres animadas, son siempre causa de penas.

¿Queréis mi opinión? Las buenas existen sólo pintadas.

FRANCISCO PEDROSA.

NUESTRAS LAMINAS

TIPO DE BELLEZA

(copia de una magnífica fotografía del reputado Sr. Torija.)

La mujer, lo mismo aquí que en todas partes, igual hoy que en otros tiempos, vale por lo que es, por lo que ha sido y por lo que será. Su pecado en el paraíso comiendo la manzana fué una fragilidad que el hombre paga ganando el pán con el sudor de su frente para sí y para la mujer que dió lugar al castigo.

El hombre lo sufre sinó contento, con la mayor resignación por que la posesión de una mujer semejante al tipo de nuestra lámina le compensa sobradamente.

EN EL LAGO

Varias parejas se disponen á pasear su barca sobre las tranquilas aguas del lago; no sabemos si con intención de mero pasatiempo, de pura diversión ó si bajo el deseo de ir á fondo, que todo puede esperarse de hombres y mujeres cuando estos son fuertes y aquellas jóvenes y bellas.

Tip. DELCLÓS y BOSCH, Sta. Mónica, 2. Paseje.

El doctor...
la fe... Ab...
labios para...
chas que s...
alegres á...
la juventud...
Acude al...
no se hace...
el doctor?...
nueva vid...
estará el...
diablo. Va...
rita, le de...
eles, en...
convierte...

La f...

Sentado...
se paran...
con envid...
copas y se...
una meda...
porque de...
Wagner...
Meistófel...
el poder...
Meistófel...
rirá. A S...
podrá ya...
exclama...
hombre p...
obtener v...
vino, lle...
Valentin...
al tocar...
los circ...
traza el...
avanzar...
soldados...
infierno...
espadas...
serinidad...
para ver...
no impor...
ven los...
Siebel es...
les se int...
Siguela é...
Fausto y...

Jardin...
cita...
una...

Siebel...
las toca...
mete la...
no se ma...
pabellón...
por un t...
mientras...
Vuelve...
lado de...
Meistófel...
pensando...
oro como...
joven...
las flores...
utubea; l...
ellete. ¡Q...
unos pen...
á si mis...
así! Sale...
—Apare...
y le p...
radament...
de pronte...
Marta, y...
escena...
viajar, y...
ja que p...
do de la...
niña cue...
murió y...

FAUSTO

Opera en 5 actos.—Música del Maestro GOUNOD.

ACTO PRIMERO

Gabinete del doctor Fausto.

El doctor, después de larga y afanosa vida no posee el saber ni la fe... Aburrido quiere envenenarse, pero al llevar la copa á sus labios para poner fin á su existencia, le detiene un coro de muchachas que saludan al sol naciente, y otro de trabajadores que van alegres á sus tareas campestres. Pero ¿quién le volverá el amor, la juventud, la fe? Desesperado llama en su auxilio á Satanás. Acude el llamamiento Mefistófeles. «Vete», le dice Fausto; pero no se hace viajar así al diablo para ponerle á la puerta. ¿Qué desea el doctor? ¿Oro? ¿Gloria? ¿Poder? No. Lo que el anciano desea es nueva vida, ser joven. Le complacerá Mefistófeles; en este mundo estará el diablo á sus órdenes; en el otro, Fausto estará á las del diablo. Vacila el doctor; pero una aparición de la hermosa Margarita, le decide y firma el pacto. «Apura la copa», le dice Mefistófeles, en ella hallarás ahora juventud y vida. Bebe Fausto, se convierte en joven elegante, y siéntese ávido de placeres y de amor.

ACTO SEGUNDO

La feria. — Una puerta de la ciudad. — Un mesón con el dios Baco.

Sentados beben y cantan estudiantes y soldados. Las muchachas se paran á esperar un grupo de estudiantes. Las matronas observan con envidia á mozos y muchachas. Crúzase galanteos, vacíanse copas y se alejan alegremente los grupos. — Sale Valentin mirando una medalla que le dió su hermana Margarita. Siéntese algo triste, porque debe separarse de su hermana. Alejemos la tristeza, dice Wagner, y levantando el vaso empieza á cantar, pero le interrumpe Mefistófeles, que pide permiso para entonar una canción, y canta el poder del oro, rey de la tierra, cuyo ministro es Belcebú. Acepta Mefistófeles un vaso, augura á Wagner que si va á la guerra morirá. A Siebel le dice que no tocará flor que no se agoste y no podrá ya obsequiar á Margarita. «El nombre de mi hermana!», exclama Valentin, y el diablo le aconseja que se guarde, pues un hombre podría matarle. Luego á la salud de todos; y para obtener vmo mejor golpea el tonel de la muestra, haciendo manar vino, llena el vaso y propone brindar por Margarita. Irritado Valentin le arranca la copa y arroja el contenido, que se inflama al tocar el suelo. — Búrlase Mefistófeles del terror que esto causa, y los circunstantes, indignados, le embisten espada en mano; pero traza el con la suya un círculo que cual barrera invisible les impide avanzar. Rómperse en pedazos la espada de Valentin. Sospechan soldados y estudiantes que el poder de su contrario procede del infierno, y le obligan á retroceder presentándole la cruz de las espadas. — Terminada esta terrible escena, recobra Mefistófeles la serenidad y emplaza á sus vencedores. — Sale Fausto impaciente para ver á Margarita. «La virtud la protege», dice el diablo, pero no importa, aguarda un momento y la muchacha vendrá. Vuelven los estudiantes, muchachas y aldeanos y empieza la danza. Siebel espera á Margarita, la ve y se dirige á ella; pero Mefistófeles se interpone. Fausto ofrece el brazo á Margarita, que lo rehúsa. Siguela el con la mirada. Mefistófeles se burla de la timidez de Fausto y se aleja con él por el camino que tomó la joven.

ACTO TERCERO

Jardín de Margarita. — Pared al fondo con una puerta-cita. — Un bosquecito. — Pabellón con una ventana y una pila de agua bendita.

Siebel coje flores para Margarita, pero quedan mustias apenas las toca. El brujo se lo predijo... Un súbito pensamiento le anima; mete la mano en la pila del agua bendita, coje nuevas flores que no se marchitan, y forma un ramillete que cuelga á la puerta del pabellón, sin ver que le observan Fausto y Mefistófeles. Este se va por un tesoro más espléndido, que haga compañía á las flores, mientras que Fausto turbado recuerda los encantos de Margarita. Vuelve Mefistófeles con ricas joyas en un estuche que coloca al lado de las flores. Un momento vacila Fausto; pero le arrastra Mefistófeles y ambos desaparecen por el jardín. — Entra Margarita pensando en el joto que le ofreció el brazo. Siéntese y gorjea la balada del rey de Tulé, que hasta la muerte guardó una copa de oro como recuerdo de su amante. Pero siempre la imagen de aquel joven... No quiere... en él. Se dirige al pabellón y ve las flores de Siebel: ¡qué hermosas son! Pero al ver el estuche, titubea; la mano le tiembla y al fin lo abre, dejando caer el ramillete. ¡Qué ricas joyas! Empieza, casi sin atreverse, por ponerse unos pendientes, se mira al espejo y con infantil alegría se habla á sí misma y se alaba con respeto. ¡Ah! ¡si aquel joven la viese así! Sale Marta, y se sorprende al verla con tan preciosos adornos. — Aparecen Fausto y Mefistófeles. El segundo se dirige á Marta y le participa la muerte de su esposo. — Margarita se quita precipitadamente las joyas al ver al joven que le ofrece el brazo. Rehúsalole de pronto Margarita, pero acepta por fin siguiendo el ejemplo de Marta, y se aleja con Fausto. — Quedan un momento solos en la escena Marta y Mefistófeles. La viuda le pregunta si se ocupa en viajar, y habiendo contestado afirmativamente el diablo le aconseja que piense en prepararse una vida más tranquila. — Salen paseando de la escena y vuelven á ella Fausto y Margarita. La tierna niña cuenta al caballero que su hermano es soldado, que su madre murió y también una hermana que era un ángel. «Hermosa había

de ser», dice Fausto, si una sonrisa del cielo le había hecho igual á ti. — Margarita le suplica que deje las burlas. Ella no debe escuchar ni permanecer allí. Fausto le suplica que no se vaya. Aparecen Marta y Mefistófeles. La primera cree que su pareja se burla, pero desea que la oiga. Mefistófeles asegura que habla seriamente, que la ama y no desea marcharse. — Fausto abraza á Margarita y la joven huye. — Anochece. — Mefistófeles aprovecha una oportunidad para huir de Marta. Esta se aleja en su busca. Fausto desde dentro llama á Margarita: la viuda á Mefistófeles. «Servidor», contesta el diablo. A su voz acude la viuda y coje, equivocándose, la mano de Siebel, que acaba de entrar. Reconocido el error, la matrona reprende á Siebel por hallarse en aquel sitio y se va con él. — Sale de su escondite Mefistófeles é invoca la noche, el amor y las flores, para que ayuden al infierno, y hagan irresistible la tentación que ha invadido el corazón de Margarita, quien Fausto quiere contemplar todavía á la luz de las estrellas. Turbada Margarita, ruega á Fausto que la deje, y se baja á coger una flor, que deshoja para saber si es amada. La última hoja contesta firmemente á la pregunta. ¡Qué delicia es amar, embriagarse eternamente de amor! exclama Fausto. No hay delicia igual, repiten ambos. ¡Amor mío! grita Fausto suplicante, y Margarita, arrojándose á sus pies, pide compasión y le ruega que se vaya. Cede Fausto, pero volverá al día siguiente. «Sí, al anochece», dice Margarita, con amoroso abandono, entrando en el pabellón. — «Veo, doctor», dice Mefistófeles saliendo, que necesitáis volver á la escuela. Esperad y oiréis lo que ella dirá á las estrellas. — Abre la ventana Margarita. Todo le dice que es amada. ¡Cuán dulce es la vida en un éxtasis de amor! «No tardes, nuevo día. Vuelve tesoro mío...» ¡Margarita! exclama Fausto lanzándose á la ventana y tomando la mano de la joven. Esta, un momento confusa, apoya lánguidamente la cabeza en el hombro de su amante. — Mefistófeles les contempla con burlona sonrisa, abre la puerta del jardín y se va.

ACTO CUARTO

Una calle. — La casa de Margarita. — Una iglesia.

¡Pobre Margarita! Su amante la abandonó. Las muchachas se burlan de ella. Siebel es el único que procura consolarla... Margarita le estrecha la mano con efusión y entra en el templo á rogar. Regresan los soldados á sus hogares. Valentin, que viene con ellos, abraza á Siebel y pregunta por Margarita. — Los soldados se proponen narrar á sus familias las proezas de la campaña. El amor les llama y se van á abrazar á los seres queridos. — Valentin se dispone á entrar en su casa, y Siebel intenta en vano detenerle. — Anochece. — Llegan por el fondo Fausto y Mefistófeles. El infernal consejero quiere llevar á Fausto á otra parte; pero no pudiendo convencerle, canta, acompañándose con la guitarra que lleva debajo del brazo. La canción es atrevida, y Valentin, que sabe ya su vergüenza, sale preguntando qué hacen allí. A las imprudentes contestaciones de Mefistófeles, replica el soldado desenvainando el acero y pregunta á quién ha de matar. Fausto empuña la espada. Mefistófeles se ríe del soldado, que prepara su último viaje. Valentin arroja la medalla que recibiera de su hermana. Empieza el combate. Mefistófeles para las estocadas de Valentin, sin que este le vea, y cae mortalmente herido el hermano de Margarita. Huyen Fausto y Mefistófeles; comparcen algunos aldeanos con antorchas encendidas. Quieren socorrer al soldado, pero éste conoce que la muerte se acerca. Margarita atraviesa la multitud, y cae arrodillada al lado de Valentin, que la rechaza, la maldice, y le pronostica una muerte infame.

Interior de una iglesia.

Ora Margarita arrodillada. Voces del infierno pronuncian su nombre. La pared se abre y deja ver á Mefistófeles, que desliza al oído de Margarita palabra de terror, anunciándole su condenación. Un coro religioso dice que cuando llegue el terrible día del Señor, no quedará piedra sobre piedra. «Estás condenada», repite Mefistófeles, y la infeliz huye horrorizada.

ACTO QUINTO

Cárcel.

Margarita duerme. — Decidete, dice Mefistófeles á Fausto. Apunta el día y el patíbulo está levantado. Ahí están las llaves. Abre y partid. Yo vigilo fuera. — Fausto está horrorizado. Siebel le muerde el oído porque Margarita ha dado muerte á su hijo, y está condenada como una delincuente vil. — ¿Qué voz ha despertado á Margarita? — Ha reconocido entre la risa burlesca de los demonios. El ha llegado y la salvará. «Si», exclama Fausto; soy yo que te salvaré, ángel de amor. — Margarita olvida desventuras y vergüenzas. Al lado de su amante estará contenta... Fausto quiere salvarla, pero ella se desliza de sus brazos, y recuerda las palabras que entre ambos se cruzaron, los días de felicidad, los noches del jardín, cuando las flores perfumaban el aire... Fausto se esfuerza para salvarla del infame suplicio; pero la infeliz no se mueve. «Ha sonado la hora fatal», dice. «Aprisa, grita Mefistófeles entrando; corred ó no podré salvaros.» Margarita mira á Fausto que arroja de allí al demonio, que fija sobre ellos la infernal mirada; implora de rodillas la piedad del Señor y ruega á Fausto, recordando la muerte de su hermano. «Margarita, no solloza Fausto procurando arrastrarla hacia sí, y cae muerta la que fué tan infeliz en vida. «Condenada!» grita en son de triunfo Mefistófeles. «No, dicen voces de lo alto; Dios la ha perdonado.» — Abrense las paredes de la cárcel. — Sube al cielo el alma de Margarita. — Fausto la sigue con la mirada, cae arrojado y ora. — La espada imminosa del arcángel derriba á Mefistófeles.

